

Obsequio de la Escuela de Práctica "República del Perú"

Avenida 18 de Julio 2083 - Montevideo

Día de la Madre

Saludo a las madres del Uruguay

por

LUIS FERNAN CISNEROS

Ministro Plenipotenciario y enviado extraordinario
de la República del Perú en el Uruguay



MONTEVIDEO

1934

Des de la Made

des de la Made

des de la Made

des de la Made



Obsequio de la Escuela de Práctica "República del Perú"

Avenida 18 de Julio 2083 - Montevideo

Día de la Madre

Saludo a las madres del Uruguay

por

LUIS FERNAN CISNEROS

Ministro Plenipotenciario y enviado extraordinario
de la República del Perú en el Uruguay



MONTEVIDEO

Impresores: Urta y Curbelo, Soriano 1023

1934

El presente libro se publica en la imprenta de la Universidad de Chile

en el año 1954 - Montevideo

Día de la Madre

saludo a las madres del Uruguay

por

LUIS FERNAN CISNEROS

Ministro de Instrucción y Justicia y ex-
ministro de la República del Uruguay



MONTEVIDEO

Imprenta de la Universidad de Chile

1954

Por gentil condescendencia del Señor

Luis Fernán Cisneros

la

Escuela Pública No. 135

"República del Perú"

*ha hecho imprimir este folleto cuya lectura
recomienda y encarece muy particularmente*

a las

Madres y Maestras.

*A ellas lo dedican la Comisión de Fomento
Escolar y el personal docente de la Escuela*

COMISION FOMENTO

Dr. Enrique A. Cornú
Sr. Carlos Stagnero
Sra. M.^a Ema Lerena de Mas-
sera
" Lola F. de Ricaud
" Esther G. de Silveira
" Dra. Blanca Giguens de
Fernández
" Julia Marfetán de Galarza
Sr. Alejandro Panigatti
Sra. Carmen del Río Orengo
" Adelina Rubio de Ingold
" Julia Fernando de Marce-
naro
Sr. Antonio Rebollo y Sra.
" Juan Ruggiero y Sra.
Dr. Alfonso Mosserra

PERSONAL ENSEÑANTE

Srta. María Orticochea
" Gloria Giralt Lamas
" Josefa Vergara Piazza
" Virginia O. Surraco
" Delia Nadal
Sra. Angela d'Avanzo de De
Leone
Srta. Aída Giannattasio
" Olga González
" Celina Bianchi
" Matilde I. Domínguez
" Margarita Sabaté
Sra. Angélica H. Facello de
Mancebo
" Adda Montoro de Lezama
Srta. María Carmen Torres So-
maruga

INDICE

- I. — Discurso-presentación del Sr. Luis Fernán Cisneros a los radio-escuchas, cometido al Dr. Enrique A. Cornú, por las invocadas entidades de la Escuela.
- II. — “Saludo a las Madres Uruguayas”, por el Excelentísimo Sr. Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Perú.

Don LUIS FERNAN CISNEROS

Brillante y enjundiosa composición leída por su autor en la Escuela pública “República del Perú”, de Montevideo, el 12 de Mayo de 1934, víspera del “Día de la Madre”, en el calendario del Uruguay y trasmitida por el mismo, radiotelefónicamente, a pedido de las entidades escolares que ofrecen este folleto para la mayor difusión de las bellas y aleccionadoras ideas que lo informan.



Discurso del Doctor Enrique A. Cornú, pronunciado el 24 de Mayo de 1934

Radio-escuchas: A través de la vía prodigiosa que traslada mis palabras a vuestros oídos haciendo un paso de las distancias infinitas, vais a oír a un hombre preclaro, a **Don Luis Fernán Cisneros**, personalidad eminente en las letras, que honra a nuestro país con la alta investidura de representar, como Ministro Plenipotenciario, a la histórica República del Perú, nombre éste con que se dignifica uno de nuestros primeros centros de enseñanza popular, puesto bajo la acción docente de la Srta. **María Orticochea**, maestra en la perfecta plenitud del vocablo, pues posee y prodiga todos los atributos integrales de su nobilísima profesión: vocación, talento, ilustración y virtud.

Nuestro presentado es de estirpe intelectual. Su padre, *D. Luis Benjamín Cisneros*, romántico aeda, fué laureado en 1897 en Lima, donde desempeñara el cargo de Secretario perpetuo de la "Real Academia Peruana", correspondiente de la Española de la Lengua.

El periodismo atrajo a *D. Luis Fernán Cisneros* tempranamente. Inicióse en él siendo adolescente y fué escalando sin tropiezos las altas cumbres.

Por el año 1903 redactó el importante diario incásico "La Prensa", y tiempo después, dirigió la primera revista limeña ilustrada de arte y letras, "Actualidades", de copiosa difusión y de escogido y original contenido.

Otro diario salió luego de sus manos: "El Perú", y en seguida, un semanario, leído con señalado interés, que

denominó "Lunes". Asumió la dirección temporaria de "La Prensa" citada, por dos veces, en 1908 y 1914, y se invistió de esa dirección en definitiva el año 1919. Fué batallador independiente de todos los partidos políticos y de todos los gobiernos. Censuró acerba y valientemente los actos del presidente Leguía, opresor y cruel, que se adueñó de la fuerza nacional de su país para proceder, como proceden fatalmente los usurpadores de la Soberanía de los pueblos, para eternizarse en el mando: sometiendo a sus caprichos despóticos todas las voluntades; maltratando, eliminando o extrañando a quienes los contrarían.

Pronto sufrió Cisneros la furia del tirano: "La Prensa" fué expropiada por decreto y aquél lanzado despiadadamente al destierro.

Con este último motivo, emprendió en 1921 un vasto peregrinaje que lo paseó por Panamá, Ecuador y la República Argentina, elevando su acervo experimental con frutos opimos para su cerebro equilibrado y sagaz.

Se alistó posteriormente como figura de magnitud en el periodismo bonaerense y durante varios años su pluma insertó artículos de primera columna en el prestigioso rotativo "La Nación".

Su singular prestancia lo condujo a las cátedras porteñas de Elocución y de Literatura Americana en el Instituto Superior del Profesorado Secundario y la Escuela de Profesores. En 1926 desempeñó funciones de Inspector extraordinario de literatura, dictando sabias lecciones en los principales colegios norteros argentinos, y como conferencista literario y literato, lo aplaudieron las Universidades de Córdoba, Tucumán, del Litoral; el "Círculo" del Rosario, el "Consejo Nacional de Mujeres" y muchas otras entidades pedagógicas, públicas y privadas, que vienen elaborando firmemente, con acrecimientos continuos, los progresos técnicos y culturales de la patria hermana y vecina.

Lima lo consagró en 1920, por voto unánime, miembro de la Academia correspondiente de la Española de la Lengua. Así padre e hijo, *Don Luis Benjamín y Don*

Luis Fernán Cisneros, cada uno por méritos propios, han engarzado sus nombres en la brillante diadema del bien decir castellano.

Siguiendo las huellas del autor de sus días, *Luis Fernán Cisneros* es también sensitivo y exquisito vate. Su estro vehemente triunfa en las cálidas estrofas de un libro, "Todo es Amor" que, ya en tercera edición, es solicitado ávidamente en Buenos Aires.

Tal es, esbozada apenas, la biografía de quien pasará a ocupar mi lugar dentro de breves instantes.

Obra selectiva, de sociólogo, pensador y poeta, la breve, pero luminosa composición de *Cisneros*, os deleitará, porque es bellísima en la forma y os emocionará intensamente por su fondo, que descubre y previene en la realidad abrumadora de nuestros días, nociones que no halagan nuestra existencia y somborean, por lógicas inferencias, el porvenir de la especie. Se inspira en un loable sentimiento humanitario que llama a las madres y a las maestras, consubstanciadas por acendrado amor al niño, a ejercer de consuno las poderosas influencias que ellas, sólo ellas, son capaces de desarrollar eficazmente sobre el corazón y la mentalidad infantil, tierra virgen y feraz en la que arraigan y proliferan por igual las buenas o las malas semillas del primitivo sembrador.

Fecunda en observaciones; minuciosa y criteriosa en el análisis de los hechos; rica y conceptuosa en sugerencias y conclusiones directrices, la oración que vais a oír debe penetrar en vuestras conciencias, madres y maestras, como un imperativo categórico. Cumplirlo, ha de ser para vosotras, orden dogmático y ritual sagrado. Si nuestro infortunio no admite la felicidad para nosotros en este período conturbado por el mayor desasosiego de los siglos, acentuando aceleradamente en los individuos y en las colectividades la decadencia moral, espiritual y afectiva de una civilización que otrora nos enorgulleciera, está en vosotras, en cambio, madres comprensivas

y maestras abnegadas e idealistas, la tabla de salvación que librará del naufragio a la generación incipiente de vuestros hijos y con ellos y otras madres y maestras tan resueltas como vosotras, a las generaciones futuras, que no debemos dejar sucumbir ni abismarse siquiera en la desventura de nuestra vida angustiada por los estremecimientos de una neurosis asfixiante, de tendencia materialista e incivil, que ciega los ojos del mundo ante horrenda visión apocalíptica.

He dicho.



SALUDO A LAS MADRES URUGUAYAS

Pronunciado en la "Escuela República del Perú" en el Día de la Madre.

Este es un saludo a la madre uruguaya; pero para no salir con mis voces de las cuatro paredes de la escuela, mi saludo se dirige a la madre del niño que aquí aprende. La traigo a mi imaginación delante de vosotros, y la miro y le sonrío con el afán de que vea en mi mirada y en mi sonrisa el reconocimiento de su fe, de su esperanza y de su abnegación. Porque si mucho exaltamos, y en buena hora por cierto, la labor persistentemente redentora, heroica porque se nutre de sacrificios y entusiasmos anónimos, de la maestra y del maestro, también entregamos pronto corazón y albedrío frente a la madre del niño, maestra por antonomasia, alegre sacrificada del destino, heroína oculta de cada vivienda pobre y limpia que hay en el mundo. La traigo ahora a la escuela, que es también su hogar, y la siento junto a la maestra, que es como prolongación de ella misma. Maestra y madre son interlocutores perennes. No importa que se interponga entre ellas el escándalo de la calle y el dolor de la vida: comparten diariamente inquietud, perseverancia y ternura; tienen costumbre, sin mirarse, de juntar sus manos sobre el libro, sobre el cuaderno, sobre la corbata del niño; y hasta cambian miradas en las pupilas inocentes del neófito; y hasta cambian sonrisas a través del problema intrincado de las sumas. El niño, sin quererlo, las denuncia recíprocamente a ambas. El niño, sin quererlo, las acerca a las dos. La maestra va siempre, en espíritu, al hogar, y la madre viene siempre, en espíritu, a la escuela. En algunos si-

lencios tiernos de las aulas parece que las madres escuchan, y cuando el niño duerme complacido parece que también vela la maestra. Entonces traer aquí a la madre es sencillamente poner presencia y palabras en ese bello diálogo.

Hablo de la madre en su irradiación filosófica de ejemplo vivo, de conductora irremplazable. Del milagro de la madre como madre, es ya inútil hablar. Las más lindas parábolas que han acumulado los siglos para alabar a la maternidad no dicen, ni podrán decir nunca, lo que los brazos tendidos de hijos buenos y lo que la contemplación conmovida de nobles corazones. En loor de la madre han vibrado todos los arrullos del arpa y se han hecho niños todos los matices de la paleta. Hasta en mármoles y bronces ha dado amor y sangre el corazón materno. En el mito cristiano, para crear a Adán, tuvo que reemplazar a la madre el mismo Dios. La leña en que se calentaban los nómades primitivos no ardía intensamente sino con la presencia de la madre. En las arenas de los desiertos árabes sólo brotaban flores cuando las madres lloraban. En el hogar de los incas del Perú la madre tenía tratamiento de reina. Madre no hay más que una, dicen todos los labios del universo. Si a Larmatine le hubieran concedido otra vida nueva con el derecho de escoger madre, habría escogido sin vacilar la misma madre tierna que le meció la cuna. En las coplas del pueblo andan parejas la idolatría a la madre y la idolatría a las Vírgenes del cielo. Y el amor maternal es más sublime cuanto más desdichado. Jean Richepin nos cuenta de aquel hijo frenético que le arrancó a la propia madre el corazón, y que se lanzó a correr llevándose en brazos, y que tropezó, y que cayó... El corazón maternal rodó también por el sendero, y rodando, rodando, gritaba atribulado: "¡Hijo, hijo! ¿Te has hecho daño?"

Yo suelo pasar, en pleno día, delante de esta casa de estudios, a la hora en que los niños dejan ya a la maestra y salen en demanda de la madre. Corren alegres de una mano conductora a otra mano conductora

Pero lo que más me atrae, en la explosión de ese minuto, no es la gracia, o el ímpetu, o el desplante de los chicos que se dan de repente con la luz del mediodía en los ojos, en las manos, en el delantal, y que saltan y chillan por cuenta de la jaula que el sol les ilumina pecho adentro. Yo me quedo contemplando a las madres que han ido hasta la escuela por sus hijos. Han estado en espera largo rato. Se han mantenido juntas, presintiendo a través de los muros el palpitir del corazón del niño. Y en la espera, han charlado y han reído. Recostadas en el frontispicio de la escuela, adivinando que el niño que va a salir las presiente a ellas también, han sacado a relucir los sabrosos refranes de la pobreza alegre. Y se han aconsejado a voces y se han confundido en silencio. Una, la más fuerte, la más pulcra, ha hablado y tejido al mismo tiempo: tejía y hablaba con la sonrisa en los labios... Hasta que de pronto la pajarera se ha estremecido de júbilo y han irrumpido en la puerta las pequeñas y los pequeños. Y la acera se ha poblado de delantales y corbatas. Y el blanco y el azul han reído estrepitosamente, dueños del cielo y de la calle. Y los automóviles han pasado de puntillas para no manchar de bocinazos y de aceite esos colores puros. Y, al lado de cada madre, un niño que da saltos, que enseña los cuadernos y que habla a borbotones. Y así en las esquinas. Y así más lejos. Y así, perdidas ya en la distancia, las madres gozosas con sus hijos gozosos.

Pero yo he seguido con los ojos a aquella, la más pulcra, la más fuerte, la que tejía mientras esperaba. Y me he dicho a mí mismo, viéndola alejarse: "Va a lo de siempre... A vivir para él. A darle el bocado que prepararon sus manos. A abrir con él todos los libros y todos los cuadernos. A resolver con él todas las sumas. A enfurruñarse por los manchones de tinta. A sugerirle pensamientos para la linda composición de mañana. A estremecerse de orgullo con la palabra ingeniosa que al niño se le ocurre de repente. A alegrarle el alma con el juego, con el cuento, con los versos. A imponerle la limpieza, la disciplina y el orden. A fiscalizar la conducta

de los amigos del niño. A tratar de mirarle, en las confidencias, el fondo del corazón. Y luego, a velar su sueño, tejiendo, tejiendo, tejiendo, al pie del lecho, la única esperanza cierta de su vida"... Esa madre tal vez se ignora a sí propia. Cree quizás que sólo está preparando el porvenir de su hijo. Ignora acaso que está forjando, como ciclópeo forjador, la patria grande. Porque ese niño, salido de la casa limpia, crecido en la pobreza honrada y trabajadora, disciplinado por la heroicidad silenciosa de su madre, dará amor en la lucha. Lo llevará su voluntad y no la ola. Sabrá a costa de cuántos sacrificios se gana el bien permanente. Sabrá lo que el equilibrio de los espíritus individuales representa en el equilibrio del país. Sabrá, por equilibrado, la medida de su derecho y de su obligación. Y sabrá lo que debe al pasado y lo que espera de él el porvenir. Y sabrá por qué vota en los comicios. Y por querer bien a su madre, querrá bien a su patria. Y por querer a su patria, sabrá, ya hombre, la transcendencia ciudadana de ser padre.

Pero quizá no es superfluo, en este día, repetir a todas las madres como ésa lo que la vida les viene enseñando a golpes desde hace varios lustros. Sufrimos hoy una trágica perturbación universal. Es un fenómeno que, si lo vemos desde el cosmos, dentro de la conología secular, se queda en pasajero, apenas una crisis, apenas una nube, pero que, comparado con la mísera duración de las vidas humanas, resulta tan duradero tal vez como nosotros, algo como nuestra sombra inseparable. La catástrofe se preparaba conjuntamente con el conflicto universal y su culminación arranca del estallido de esa guerra dantesca, que tuvo así siquiera la virtud de probarnos para siempre que la guerra es el caos. Aquella hoguera gigante que incendió a Europa y que abrasó al planeta, desarticuló violentamente todo lo que no dejó en escombros. Este mundo no ha sido en estos años el mismo que conocimos los hombres ya maduros o ya viejos. Aquellos millones y millones de soldados que se mantuvieron por cuatro años, mejor por cuatro siglos, batidos por la metralla de los cañones monstruosos,

perseguidos por las bombas desde el cielo y por los fusiles y los tanques en las encrucijadas de la tierra; aquellos millones y millones de hombres jóvenes que se estrellaron en tantos mitológicos encuentros en que media humanidad parecía chocar con otra media, y que se hundieron luego, sigilosamente, desde un mar a otro mar, en cuevas subterráneas donde imperaban la noche, el agua negra, el viento ululante, el gas malvado, el hambre y la desesperación; toda esa humanidad triturada por la derrota, y también por la victoria, que llamaba desesperadamente a la muerte como único remedio a la hecatombe de su florida juventud, reaccionó violenta al toque de los clarines de la paz. Agazapados y encogidos hasta entonces, por una eternidad, en las trincheras; los hombres saltaron como por resorte y, con los brazos en alto, asombrados de tener vida todavía, se echaron a correr vertiginosamente por los campos, por la ciudades, por los mares, con los ojos aun desorbitados, ansiosos por tragarse de una vez la vida entera para vengarse de la muerte que los había perseguido tanto tiempo y tan de cerca. A vivir en un vértigo, a vivir estrepitosamente, sin cadenas, sin vínculos, sin cariños, sin reatos, en fuga, antes de que la Parca, que allí viene todavía detrás de los talones, rompa el placer de la liberación. Para ellos, el mundo había estado organizado perversamente nada más que para quebrarles el destino. Pues contra el mundo, entonces, contra las generaciones de atrás, contra la tradición, contra el orden establecido, contra la filosofía, contra el arte, contra el amor, contra Dios. En carrera impetuosa habían de derrumbarlo todo para quedarse solos sobre la haz de la tierra. La velocidad trajo la fuerza y la fuerza multiplicó la velocidad. El motor se hizo cerebro. El record se hizo finalidad. Fuera, fuera los que no corren, los que están hechos al paso de los bueyes por el sendero. Fuera los que piensan, los que sienten, los que contemplan. Fuera los viejos, que manchan el panorama. Hay que lograrlo todo pronto y fácil: el trabajo, la profesión, el arte, el amor, el record.

Y en medio del estrépito de esta velocidad vertiginosa

que cruzó simultánea por paralelos y por meridianos, el globo de la tierra parecía perplejo. Las grandes reservas de la civilización secular callaron. Los hombres equilibrados se guarecieron en el silencio mientras silbaban fuera todos los torbellinos de la rosa náutica. Los cinco sentidos predominaron explosivamente. El instinto arrolló al espíritu. La vorágine se entregó a lo decorativo y lo sensacional. La fuerza impuso la sensualidad, y la velocidad, la desazón insatisfecha. Fuimos a gritos a los refinamientos perversos y a los paraísos artificiales. Es claro que del turbión impetuoso quedará algo, quedará mucho en beneficio de la civilización material, y en provecho de la igualdad de los hombres y en pro tal vez del rejuvenecimiento de las artes. Pero la estructura moral educativa ha recibido duros embates. La sociedad ha pretendido fundarse nada más que en la alegría sensual. Espectáculo para los ojos y reacciones para el cuerpo. Y la velocidad ha revuelto las burdas sensaciones de la calle y ha invadido con ellas el hogar. Esto, esto es lo que ven las madres de los hijos que aprenden. La calle ha pugnado por robar a la madre la influencia sobre el niño. Los hijos han sido más precoces que nunca para la sensación. Los corazones infantiles se han llenado de rencores antes que de amor. Las bocas infantiles se han llenado de palabras vulgares. Muchos padres han llegado a ser nada más que autoridades policiales de sus hijos. El niño, en muchos casos, no ha visto en su casa sino el albergue indispensable. Su única felicidad ha estado por largo tiempo en la plena libertad de sus cinco sentidos. Y la escuela, ha tenido, así, que hacerse gigante para luchar contra la calle, contra el hogar invadido, contra el record de la fuerza, contra el record de la velocidad, contra el record de la improvisación, contra el record del crimen. Nadie ha pensado, en años interminables, en el record de selección espiritual, porque ése es incompatible con el vértigo: exige siembra, cultivo, disciplina, sacrificio, tradición, todo lo que han negado la velocidad, la facilidad y la prepotencia.

Ya han llegado a ser hombres de este modo los niños que así fueron cogidos por la rueda vertiginosa, y allá van, muchos de ellos, por la vida, con una desazón vocinglera e inútil. No pocos, por desconfiar de sí mismos, confían solamente en el azar o la audacia. Su velocidad de ayer es su fatiga prematura de hoy. Lo ven claramente todas las madres buenas. Lo ven todas las madres de los niños que aprenden. Lo ve, principalmente, aquella madre que tejía y tejía a la puerta de la escuela. A ella la traigo de nuevo a mi imaginación para sentarla frente a mí y decirle que, sin las madres como ella, la escuela no sería sino un libro leído a viva voz y olvidado en las juergas de la calle, pero que, con madres como ella, la escuela será siempre la pacífica colmena que da miel, la vida que avanza rítmica y jubilosamente, el ensueño que se hace poco a poco realidad. En la flor blanca que hoy llevan en la mano todas las madres está la voz del hijo que pide que el estudio, la profesión, el arte, el amor, la vida, vuelvan a su quicio y que el espíritu renazca con su viejo prestigio invulnerable. Allí está la voz del hijo que pide para él, si puede haberlo, el record del espíritu.



